



Miradas. Palabras. Conversación

Ignacio Pagés Larruy

Estimados amigos de las Jornadas:

Es la segunda ocasión en que soy invitado a abrir una edición de estas jornadas. Aunque tembloroso, la ilusión por aprovechar esta oportunidad y el agradecimiento a las Jornadas por llevar a cabo propuestas tan audaces me animan a dirigiros unas sencillas palabras. Antes de continuar quisiera agradecer a Paco, Miguel Ángel y a todos los que hacéis posible las Jornadas vuestra invitación y, sobre todo, vuestro empeño y vuestro trabajo.

Realizar un sencillo ejercicio como ojear las páginas de un periódico, seguir las noticias por twitter o ver el telediario suele provocar en las almas más compasivas una profunda desazón. Quizá en las últimas semanas hemos observado a «cainitas prolongando guerras civiles y conflictos culturales» y lo hemos observado como nunca, «como si nunca antes».

No obstante, hay quien transforma la congoja en alegría; la pesadumbre en esperanza o la monotonía en ilusión. Así, tras el reciente atentado en Barcelona se sucedieron comportamientos desiguales. Unos alimentaron la curiosidad de los lectores con imágenes y relatos escabrosos. Otros, aprovecharon el aniversario del fallecimiento de Federico García Lorca, dos días después, para aprender a ver ese paseo de la ciudad con un color distinto. Haciendo brillar quizá sus colores más auténticos. “Es la calle más alegre del mundo, donde viven juntas a la vez las cuatro estaciones del año; la única calle del mundo que no querría que se acabara nunca, rica en sonidos, abundante en brisas, hermosa de encuentros, antigua de sangre: la Rambla de Barcelona”. Es la Rambla, “donde se oyen fuentes romanas y laúdes del quince”, “donde se oyen los acordeones de todos los marineros del mundo”.

La palabra del poeta, los acordes del músico, los ojos del artista son capaces de hacernos ver la realidad en su verdadera dimensión. Y ese, quizá, es uno de los mayores regalos de las Jornadas a sus participantes. El ensalzamiento del verdadero espíritu del hombre hasta la contemplación y el goce más auténtico de la realidad.

“Lo más importante para cualquier artista es aprender a mirar”, decía el poeta García Montero. Y cada uno de los participantes de las Jornadas es artista, artífice de su propio caminar. “Los versos, las metáforas, los adjetivos precisos (...) son una forma especial de ver el mundo”, de mirarlo.

“Hay gente que puede vivir muchos años en un edificio sin enterarse de cómo se llama el perro del vecino, la hija del portero, el señor de la tienda de la esquina. Nunca saben el número de hormigueros que hay en el callejón, ni conocen los árboles del parque que tienen nidos. Cuando entran en una cafetería, no se quedan colgados de las conversaciones de la mesa de al lado. Y mira que son siempre entretenidas las mesas de al lado.

Es muy importante aprender a mirarse a los ojos y aprender a mirar el mundo. Porque tampoco basta con la curiosidad. Los artistas son unos tipos muy curiosos que han aprendido a mirar bien y a contar lo que han visto con sus propios ojos.”

Aprender a ver, a mirar. Debemos tener cuidado con los disfraces del mundo –el gran teatro– y con lo que cuenta la gente en la mesa de al lado. Aprender a oír y a mirar tiene mucho que ver con aprender a sacar nuestras propias conclusiones. Desde lo que podemos “ver” en las ojeras de un martes cualquiera de febrero, hasta las intenciones que podemos descubrir en las portadas de los periódicos, las declaraciones de un político o una mirada de mamá.

Y además de ver y de mirar; contar, narrar, describir y, sobre todo, *contarnos, narrarnos, describirnos*. Eso hacen las grandes obras de la historia de la literatura: nos cuentan, nos narran, nos describen. Nos encontramos. Este poder lo compartimos con la palabra.

Las palabras recorren la historia de la sociedad y de las sociedades, cambian y evolucionan con ellas, y con nosotros, con nuestras vidas. Nuestra mirada sobre el mundo, se enriquece con nuestras palabras sobre el mundo, llevándonos a contemplar detalles que sin palabra, se volverían desconocidos. “La sociedad tiene muchos rincones y las palabras llegan a todos”.

Con las palabras se hace mucho daño. Pueden ser como un puñal, han dicho los poetas, como una navaja, como una piedra.

Las palabras pueden también hablarnos de los misterios del mundo y del hombre. Del amor, el tiempo, la vida, la muerte. “Durante el día o la noche, cuando pegamos el oído a una caracola escuchamos el mar, y cuando pegamos el oído al teléfono de nuestra vida escuchamos palabras, palabras que son la llave de todos los secretos.”

Cuando vamos a un banco a pedir dinero nos exigen un aval, una fianza. Pero cuando no se trata del dinero, sino de la verdad, de nuestras vidas..., sólo contamos con una cosa: nuestra palabra, nuestra palabra de honor. Tan importante es aprender a mirar como aprender a tener palabra..., palabras.

“Las palabras son la piel de nuestro yo, conocen todos nuestros secretos, se acuestan en nuestra cama, se sientan en nuestra silla, gritan en nuestros sueños, comen en nuestro plato. (...) Pero estas palabras, tan cercanas, tan amigas, tan íntimas no son nuestras, sólo nuestras. Han pasado por los labios de bisabuelos, abuelos, padres. Y seguirán en los labios de nuestros hijos, nietos, bisnietos.”

Lo más nuestro tiene una relación íntima con los otros. Y es que somos una conversación.

Podemos pintar las palabras de colores, porque en la imaginación -la tierra que nos enseña a ver- las palabras tienen colores. Igual que los árboles y las casas en un cuaderno de dibujo.

“Siempre he pensado que la palabra “Palabra” es blanca, como la nieve pura, la nieve nieve (...). La nieve va *nombrando* el mundo, hace sus muñecos, pinta de blanco las copas de los árboles, los tejados, las casas, las calles, los coches (...), los bancos solitarios del parque. (...)

La nieve es un milagro, una maravilla, un cuento, un poema, pero resiste poco tiempo. La nieve y el vaho de la ventana se parecen a una conversación.” Se esfuma. Las palabras se las lleva el viento, se dice.

Los seres humanos han inventado contestadores, magnetofones, el cine... para que no desaparezca la palabra, la nieve. Sin embargo al principio fue la escritura.

La escritura es como una nieve que no se deshace. En el afán por detener el tiempo, asomarnos a la eternidad y acogernos a la vida, la escritura paraliza el tiempo, mantiene las palabras en el tiempo. Y con ellas a nosotros, que somos conversaciones y palabras y lecturas y miradas.

Es el milagro cotidiano de detener la vida y asomarse a ella a contemplarla, como la niña que se asoma a una ventana. La literatura, la escritura, el libro leído en la intimidad son el fuego solitario en el que nos encontramos con nosotros mismos, por el poder de la Palabra.

Para ser poeta, para ser artista, para ser persona -decíamos- sobre todo hay que aprender a mirar. A

mirar con el corazón, porque lo esencial es invisible a los ojos.

Y a eso nos invitan las Jornadas. A tener unas palabras con la naturaleza, y eso es la ecología. A conversar con Sócrates y revivir su proceso y condena. Proceso que, bajo el poder de la nieve, es *el canto del cisne*. A respirar nuestras *pequeñas historias e irnos de libros* para seguir viviendo del milagro de detener el tiempo y de soñar *con la inmortalidad*. ¿Podríamos regenerar nuestras células como el ave fénix o la medusa Aurelia? En las Jornadas parece que sí es posible.

Detener el tiempo hasta tal punto, que bailemos con los siglos. Desde Ovidio y las metamorfosis, del grupo de literatura, hasta las acciones de la *Rosa blanca*, del de filosofía. En la búsqueda de “vestigios de los antiguos pobladores de la Península ibérica” ¿qué se esconde sino una profunda mirada al mundo, y al tiempo? Los grupos de teatro y de cine, hacen malabares, magia, milagros con las palabras, las miradas y los gestos. Y el grupo de música, con su lenguaje propio y único capaz de elevar el espíritu del hombre como ningún otro, ¿qué hace sino parar el tiempo y asomarnos a una nueva realidad? Finalmente, el grupo de prensa e investigación, tiene en su poder el arma poderosa de contarnos, narrarnos, describirnos.

Siempre me ha gustado pensar que las Jornadas son como el canto de Orfeo en la expedición de los argonautas. Poseen no se sabe qué magia -un no sé qué, que queda balbuciendo- capaz de ocultar, tapar, ahogar con su belleza, los temibles cantos de sirenas. Oír ese canto es un don, un regalo, reservado *a la inmensa minoría*, como diría Juan Ramón.

Podemos ver todavía a Lorca sentado en una cafetería de la Rambla, embutido en un abrigo en diciembre de 1935. Podemos pensar incluso que las Jornadas son esa calle que no querría que se acabara nunca, rica en sonidos, abundante en brisas, hermosa de encuentros, antigua de sangre”.

Así podríamos resumir las Jornadas.

Miradas. Palabras. Conversación.

Y sobre todo, gracias.

Muchas gracias.

Las citas entrecomilladas pertenecen al libro *Lecciones de poesía para niños inquietos* de Luis García Montero.